

DOCUMENTOS/

Siete semanas en bote en el territorio del Alto Río Coco en Nicaragua: Viaje de exploración misionera de los Hermanos Grossman y Garth de septiembre a noviembre de 1905¹

La conferencia de nuestros hermanos en La Mosquitia, reunida en Bluefields en abril de 1905 encargó al entonces adelantado de Dakura, Hermano G. Grossmann, realizar un viaje de exploración donde los indios wankis y sumus de Nicaragua, que están asentados en las orillas del río Wanki, el cual viniendo del ángulo noreste del país desemboca en el mar a la altura de Port Ditrik. En el amplio y escondido territorio de la corriente de este río, nuestros hermanos misioneros, hasta ahora, no habían penetrado, aunque en el año 1896, en el bajo curso del río, en Wasla (Waspam), nuestra misión había establecido una estación que contaba con 300 almas. El Hermano Gebhardt, proveniente de la misión fundada en 1900 en Cabo Gracias a Dios, había hecho varios viajes exploratorios hacia el alto curso del río, pero sin llegar a la exploración de territorios más amplios.

La línea punteada de nuestro croquis(3) en la página 183 muestra la ruta del viaje desde Dakura a Port Ditrik y hasta las minas de oro del río Pis-Pis (Piscis), afluente del Waspuk, siguiendo hasta el lugar llamado Keplapini, en el alto Wanki (Coco), desde donde se inició el regreso. El viaje se hizo en bote, es decir, sobre el río y no a lo largo de la orilla, como podría ser interpretado en el mapa. Ahora pasamos a la información extremadamente interesante de las vivencias de este viaje y al final haremos un recuento de los resultados de esta travesía investigativa.

1- El viaje sobre el Wangki hasta Waspuk

En la noche del 18 al 19 de septiembre de 1905, el Hermano Grossmann inició el viaje. A pesar de lo revuelto del mar a las 3:00 am llegó a Port Ditrik. Este lugar acaba de ser fundado por una sociedad americana, ciertamente como punto de partida de una conexión a establecerse entre el océano Atlántico y Managua, la capital de Nicaragua. Hasta ahora sólo existen algunos rudimentos de fundación, como es la presencia de un vapor fluvial sobre el río para traer la carga de las minas de oro.

El Hermano Grossmann hubiera deseado utilizar este vapor hasta la desembocadura del Waspuk, pero debido a las condiciones rápidas del viaje debió conformarse con el bote del hermano Gebhardt y con los remeros necesarios, ya que una travesía de 6 días, totalmente en bote, debido a las incomodidades del trayecto, hubiera podido hacer fracasar el viaje. La tarde del 19 de septiembre él y su gente llegaron a Cabo Gracias a Dios. Ya era oscuro y por eso debió reportarse enseñando sus documentos al policía de guardia y justificar así su llegada tan tarde.

Después se apresuró a la casa de la Misión donde los Hermanos Gebhardt lo recibieron amistosamente. Aquí pudo aprovisionarse y qué alegre se pondría después por haberlo hecho, pues, en el alto río Wanki reinaba la

¹ Este texto traducido del alemán corresponde a las páginas 249-283 del libro de: Eleonore von Oertzen/Lioba Rossbach/Volker Wüenderich(ed.), titulado: *The Nicaraguan Mosquitia in Historical Documents 1844-1927. The dynamics of ethnic and regional history*. Berlin: Reimer, 1990. La traducción libre estuvo a cargo del doctor y poeta esteliano Juan Carlos Vilchez y fue hecha en febrero del 2007 para una investigación de CCARC dirigida por Charles R. Hale, con la participación de Edwin Matamoros Chávez y Margarita Antonio en la zona del Alto Coco. La investigación era para el consorcio humanitario: ICCO; OXFAM GB y Centro Humboldt.

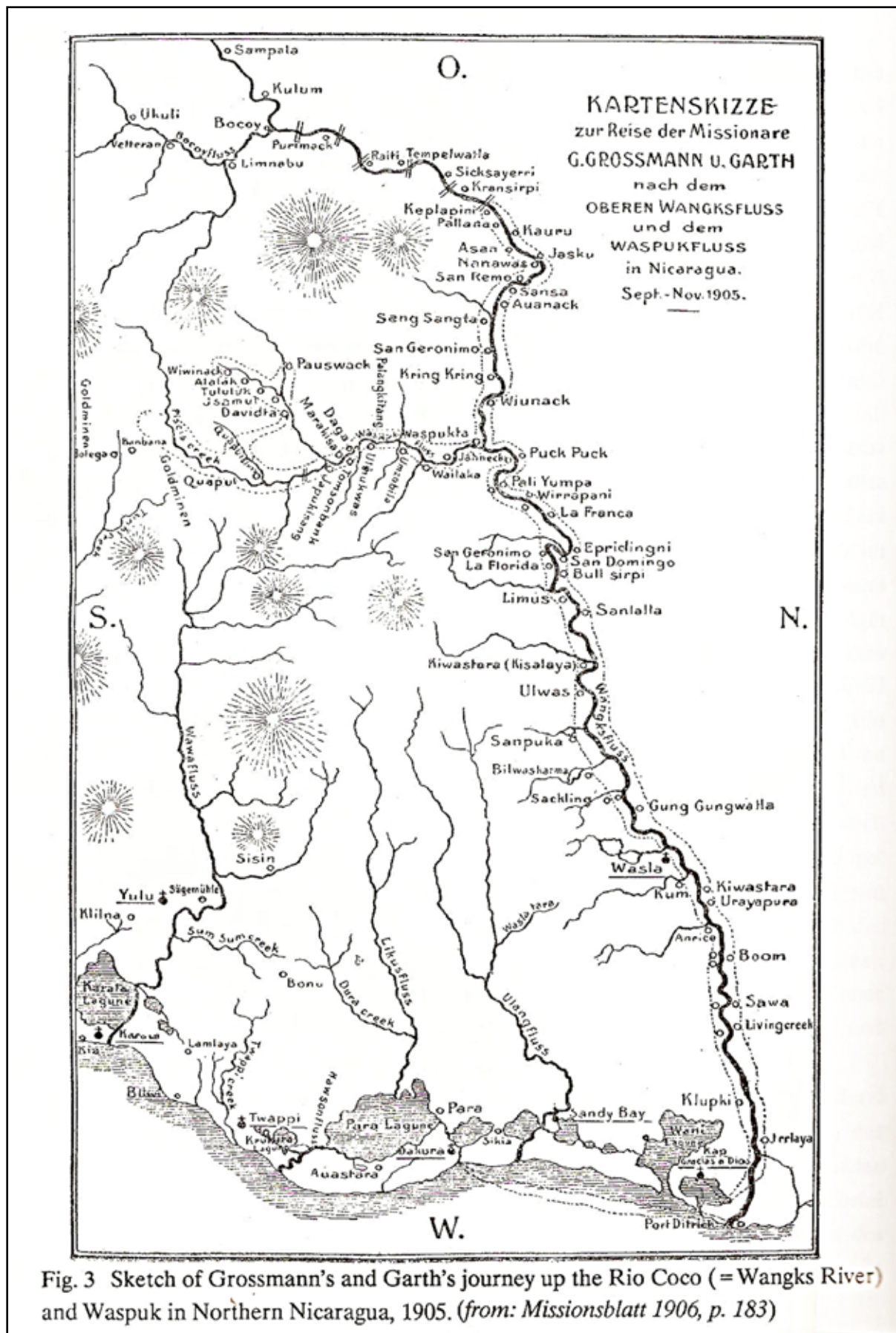


Fig. 3 Sketch of Grossmann's and Garth's journey up the Rio Coco (= Wangks River) and Waspuk in Northern Nicaragua, 1905. (from: *Missionsblatt* 1906, p. 183)

hambruna, además de que en las ventas o negocios, todo era hasta un 50% más caro que aquí. Por ejemplo, un quintal de harina costaba allá 60 marcos y aquí se conseguía por 25.

Las provisiones se componían de harina, frijoles, arroz, grasa americana, carne enlatada, sardinas, café, azúcar y pan marinerero. Eso significaba que el menú de los próximos días sería: arroz y frijoles, frijoles y arroz.

La salida no pudo efectuarse de inmediato porque algunos indios fueron retenidos para ayudar a descargar un vapor americano. Asimismo, el gobernador de Cabo Gracias a Dios les extendió una carta de recomendación dirigida a los comandantes del Distrito, en la cual se les pedía permitir al viajero una prédica libre y sin impedimentos, así como prestarle la ayuda que fuese necesaria. Dejemos pues al Hermano Grossmann contarlo él mismo:

Entonces inicié mi viaje, de muy buen humor, bajo la protección del Señor, con mis tres dakuranos y con dos jovencitos contratados en Cabo Gracias a Dios. La gente remaba bien y el tiempo era agradable. Es característico del curso del bajo río Wanki, las orillas con altas hierbas y grandes grupos de flores acuáticas flotantes. A las tres llegamos a Klupki. El lugar es muy sucio y la gente no es mucho mejor. Mientras mi gente preparaba la comida invité a los lugareños a una reunión. Mostraron poca voluntad, pero al final, después de larga espera, aparecieron dos mujeres, las que junto a los dos habitantes de la casa, sumaba una audiencia de 4.

El 26 de septiembre encontramos gente de Wasla (Waspam) que hacían flotar pinos como balsas, desde la sabana hacia el Cabo. Cuando me reconocieron hubo un saludo efusivo y amistoso y me regalaron caña de azúcar. Nos despedimos con un cálido apretón de manos. Hasta las diez llovió recio, luego el tiempo se aclaró y de arriba hacia abajo nos quemaba entonces el sol del trópico. Luego pasamos frente a un lagarto que dormía y a eso de las tres llegamos a Livingcreek. Atravesé el pueblo, algo grande, preguntando por el Wihta (Alcalde), para conseguir con él un cuarto. Era un hombre amable y me ofreció su casa. Todo se miraba salvaje y enmarañado, igual que las figuras que luego fueron apareciendo. Después

que nos habíamos repuesto con una sencilla comida, celebré un servicio religioso, al cual asistió mucha gente. Era la primera vez que hablaba delante de un rebaño de paganos que escuchaban en cuclillas sobre la tierra. Todo marchó con naturalidad, Luego se hizo oscuro, la enorme choza era iluminada únicamente con fuego de leña, el cual proporcionaba a los indios reflejos rojo-cobrizos sobre la piel. Yo me puse de pie, junto al fuego y hablé de Jesús, del Crucificado, mientras tanto los perros ladraban, los cerdos gruñían y a menudo alguien hacía una observación, cuando había captado algo de la charla. Hubiera podido seguir con gusto, pero la enorme cantidad de tábanos apresuraron el cierre. Dormí mal, ya que exactamente las bases de mi cama habían sido escogidas por un cerdo, para rascarse repetidamente.

El 27 de septiembre proseguimos muy temprano. Sawa, el primer destino lo alcanzamos a eso de las siete y media. Rápidamente reunimos a la gente y realicé un oficio religioso. Inmediatamente después continuamos hacia Boom donde llegamos a las doce y treinta. Este poblado lo constituyen tres grupos que están a ambos lados del río. Aquí encontré por primera vez a un sukia (Hechicero), que quería impedirme predicar. Decía que desde que habíamos llegado al país, habían muerto todos los niños. Después que le hice ver su error, le contesté que no tenía ningún derecho de impedirme predicar y que a pesar de su oposición reuniría a la gente.

El intentó detener a la gente, sin embargo, la mayoría vino y escuchó atentamente. Después del mediodía continuamos hacia Aurice. Este lugar es definitivamente el mejor de todos los poblados entre el Cabo y Wasla. Eso lo atestigua la construcción de las casas, la limpieza y las vestimentas de las gentes. Después que se cocinó oficié la misa (servicio religioso) y mostré fotografías. La gente vino toda muy decentemente vestida y escuchaban con atención la palabra de Dios, acerca del Pecador y la Redención. Eran como 70 personas, adultos y niños”.

En la noche, casi les ocurre a los viajeros un acontecimiento fatal. Alrededor de medianoche, el Hermano Grossmann fue despertado con gritos y lágrimas. Para su horror le comunicaron de la inminente crecida del río, la cual ya había arrastrado y destruido el bote, a pesar de lo bien amarrado que estaba. Los remeros empezaron a buscarlo aún en la oscuridad, pero la gente les decía con apatía, “No hay nada que hacer, el bote ya está destruido y las cosas perdidas”. “Además, allí en el lugar, vivía un sukia, que hubiese podido sacar ventaja de mi mala suerte y así manipular a la gente. Me sentía abandonado y acosado, entonces le pedí ayuda al Señor y él me escuchó. Nadie podría describir mi alegría, cuando en la mañana oí golpes de remos y la voz de mi fiel Joshua. Salté rápidamente de la casa para llegar al río y empecé a chapotear, pues el camino que por la noche estaba seco, había sido también cubierto por las aguas. Estaba demasiado alegre, como para quejarme del chapuzón helado.

Por el informe de Joshua, pude deducir que aquí se trataba de una clara ayuda del Señor. El bote se encontraba en el medio de la fuerte corriente, detenido por su cuerda, en un

tronco partido, como si hubiese sido amarrado. Tenemos un Señor vivo que vigila a los suyos, por aguas y tierra.

Fue alentador cuando en la orilla del río, subimos al bote para continuar la ruta y entonamos un canto de Acción de Gracias. Ello seguramente no dejó de impresionar a los paganos que estaban alrededor. Varios días nos tomó llegar hasta Urayapura, donde vive el antiguo rey Miskito Andrew. Le hice una visita a pesar de que estaba muy ocupado. Realizaba una importante reunión del Consejo, pues alguien había sido envenenado y el culpable debía ser encontrado. En Kiwastara pasamos de paso y después llegamos a Kum, desde donde, yo solo me fui a pie hasta Wasla. Hacía un calor horrible, en el camino me compré dos cocos, para saciar mi sed. A la 1:00 llegué a Wasla, donde me esperaban los Hermanos Garth. Mis cosas llegaron en bote un poco después. La crecida había aumentado aún más y por eso decidimos esperar el viernes aquí, hasta que las aguas hubiesen bajado algo. El día siguiente fue para descanso, pero más bien se convirtió en un día de arrasar -como dicen nuestros militares-, pues vinieron muchos enfermos a verme.



© TAYMON ROBBINS

Playa del río Coco, 2008.

El 30 de septiembre, en compañía del Hermano Garth partimos de Wasla. En la orilla se apreciaban higueras salvajes, acacias florecidas y bambúes. Aquí, en crecida, el río tiene más o menos la anchura del Elba a su paso por Dresden. Pasamos por Gung Gungwatla, donde recogimos todavía a un remero y luego proseguimos hacia Sackling. Entramos bajo los truenos de una fuerte tormenta y encontramos alojamiento en la casa del Comandante. Aquí en Sackling hay mucha miseria, no menos de 24 personas han muerto de fiebre en corto tiempo. Durante toda la noche oímos quejas y lamentos por los muertos. **El domingo 1 de octubre**, muy temprano, mucha gente llegó por medicinas. A las diez hicimos una visita al pueblo e invitamos a la gente a congregarse, lo cual se efectuó a las 12.00.

En relación a su tamaño, era un pueblo poco visitado. Aquí vive un mentiroso desvergonzado que se hace llamar Georgs Lupia = Georgs Kind. Es un susodicho Miskito-Parson, que declara poder curar a todos los enfermos. Aparentemente, según su cuento, un día había logrado matar con un arma de fuego a Jesús. Uno de sus parientes había muerto, entonces una tarde reunió gente delante de su casa, cogió un fusil cargado y lo disparó en dirección al cielo. Posteriormente, en la noche, afirmaba que había caído mucha sangre del cielo y que Jesús estaba muerto. Exigía desde entonces ser llamado “El Espíritu Santo”.

Esto me dio motivos para hablar a la gente seriamente y con urgencia y mostrarles cómo el Señor también habla con ellos seriamente, pues en ningún otro poblado donde también hay fiebre, la gente se muere tanto como aquí. Después del almuerzo tuve una plática con el comandante del lugar y quise darle una Biblia, pero él ya tenía una, afirmando hacer uso de ella. Me dio la impresión que era un hombre en búsqueda de la verdad. Por la tarde realicé un encuentro en Cral, que era mucho más visitado. Después tuve la oportunidad de hablar con un joven comerciante americano, sobre una cura para su Alma.

2 de Octubre. Nuestro destino de hoy fue Kisalaya. Los poblados intermedios de Bilwaskarma, Saupuka y Ulwas, los queríamos visitar en el regreso. En Ulwas nos detuvieron y nos llevaron donde un moribundo que se retorció inconsciente en su sitio y gritaba: “*chraist wapui ai saks*” ¡Señor sálvame! Estas palabras en boca de un pagano me conmovieron fuertemente. Seguramente que un grano de la palabra de Dios, desparramado por nuestro fiel colega Hermano Garth, había alcanzado su corazón. Quiso el Señor apiadarse de él, pues en nuestro viaje de regreso, escuchamos que había muerto pronto después de nuestra visita.

Por la tarde llegamos a Kisalaya, un lugar fundado por la Sociedad Cabo-Ditrik; él cual debe ser el punto de partida para el ferrocarril, hacia las minas de oro del río Pis-Pis (Piscis) y hacia Managua. Hasta ahora, propiamente sólo vive aquí un americano, poco amistoso, que se ocupa de los trabajos de la red del telégrafo y de la construcción de la ruta. Dormimos en un banco de arena. Había mosquitos en tales cantidades que nos parecían puñados de arena cayendo sobre la cara.

El 3 de octubre continuamos el viaje con un tiempo excelente. Navegábamos siempre contra la corriente. El vapor fluvial que venía del río Waspuk inundó nuestro pequeño bote, debido a su gran desplazamiento de aguas. Desgraciadamente, con ello se dañaron también muchas de mis fotografías. A las 12.00 llegamos a Limus (Leimus), sede de un sacerdote católico. Tuve la oportunidad de saludarlo, ya que tenía que entregarle una carta enviada desde el Cabo. Ha construido aquí una pequeña iglesia de bambú, con techo de zinc y una pequeña cruz. Vive muy apartado, se dedica a criar plantas y sirve solamente a los asentamientos españoles de Sanlalla y Limus con sus aproximadamente 50 almas. Por la tarde llegamos a Bull Sirpi que en alemán significa Pequeño Buey. El encuentro que organizó el Hermano Garth estuvo bien visitado. Traté de pasar la noche en el bote, pero debido al frío, tuve que entrar al pueblo donde encontré una choza y una cama para dormir.

El 4 de octubre realicé un servicio religioso muy temprano. Al despedirme un anciano me dijo con sus ojos llorosos: “Ah si sólo escucháramos con frecuencia la palabra de Dios”. En La Florida visité a un granjero y cabalgué con él hasta San Jerónimo. Cabalgamos por entre medio de plantaciones de hule, caña de azúcar, cacao y bananos. Una maravillosa cabalgata a través de una exuberante vegetación.

En San Jerónimo me esperaba de nuevo el bote. Recibimos bananos como regalo y continuamos por Santo Domingo hacia Epridigni donde de nuevo nos encontramos con un sukia (hechicero) en plena actividad para curar a un niño. Delante de su choza había puesto una mesa en cuyas esquinas habían pintado pequeños demonios negros. En el centro de la mesa estaba una vasija y a su alrededor, algunas botellas llenas de líquidos. Para que nadie se acercara demasiado, la había rodeado de varillas formando un arco, cuyos extremos se ensartaban en la tierra, pintados además con bandas negras. A cada rato el niño era colocado encima de la mesa, para que las figuras de demonios le expulsaran al niño los malos espíritus. Aquí coincidimos cercanamente otra vez con el Mosquito Parson Tara (Gran Predicador). Lástima que lo supe hasta que ya habíamos partido, sino



© GIZANETA FONSECA

Área rocosa de los raudales en las cercanías a Siksayari, 2008.

hubiese hablado con él nuevamente. Mientras el Hermano Garth y yo hacíamos visitas casa a casa, el visitaba a nuestra gente y les decía que el “*Won Aisa*” (nuestro padre) pensaba destruir toda la tierra, pero que a través de su intercesión (que él ejecuta naturalmente sólo por dinero o ganado) podría detener la voluntad de *Won Aisa* hacia los pequeños niños. Por supuesto que no convenció a nuestra gente con esa fábula, especialmente a Joshua.

Llegamos al final de la tarde a Wirra Pani. La reunión que todavía realicé fue bien visitada y la gente escuchó atentamente, sin embargo, el Diablo estaba también activo, pues el susodicho Parson había levantado a la gente contra nosotros, según me lo dijeron en la reunión del día siguiente, temprano en la mañana. Este falso profeta le decía a la gente que mis palabras solamente provenían de un viejo libro (La Biblia), que si el libro caía en el agua, las palabras se perderían y yo no tendría nada más que decir. Sin embargo, sus palabras venían directamente del “Padre” y siempre eran nuevas y verdaderas. Esto me motivó a hablar seriamente sobre Juan 14:6 que dice: que ningún hombre llega al Padre y mucho menos habla con él, sino es a través de Cristo. Desgraciadamente, este mentiroso desapareció por la mañana y por tener su conciencia intranquila, prefirió esconderse en la selva hasta que yo me encontrara ya lejos.

5 de Octubre. Hasta Waspukta los poblados son más escasos, el río serpentea a través de una selva espesa con árboles imponentes y gigantescos causándonos una arrolladora impresión. A las cinco llegamos a Puck Puck

que consiste en seis casas y todas ellas se miran muy limpias. Todos los hombres andaban en el trabajo y para proteger a las mujeres, el *sukia* había plantado alrededor de las casas un sinnúmero de pequeñas cruces, todas pintadas. Para establecer un vínculo con esto, en el encuentro de la tarde, hice hincapié que solamente tenemos a uno que nos puede proteger y salvar: Dios en Cristo”.

2.- El viaje sobre el Waspuk

El 6 de octubre, temprano hacia las 8:00, los viajeros se dirigieron a la desembocadura del río Waspuk en la corriente del Wanki y por consiguiente al pequeño poblado llamado Waspukta.

Este poblado es todavía pequeño, pero de suma importancia como puerta de entrada al distrito de las minas del alto Waspuk y de su afluente el río Piscis (Pis-Pis). Por ello es el punto focal para el trasiego de bienes y mercancías para toda la región, incluyendo Bocay y la zona del curso alto del Waspuk. Por eso es comprensible que algunas empresas que tienen su sede en la desembocadura del Wanki (El Cabo), tengan aquí también su sucursal. El hermano Grossmann le rindió visita a alguno de los representantes de estas filiales y fue invitado a desayunar por uno de ellos. ¡Qué bien poder sentarse otra vez en una mesa! Pronto subimos al bote y continuamos hacia el alto Waspuk. Lo interesante, así como lamentable, de lo que se avecina en esta parte del viaje, son los rápidos y cataratas que hay que cruzar. Inmediatamente, en el próximo pueblecillo llamado Jahneck, romántico y salvajemente situado, encontramos una de esas cascadas que mide unos diez metros y cuyas aguas son lanzadas con fuertes retumbos en dos niveles diferentes. Los rápidos, por los que se puede navegar no sin menos peligro, ya los habíamos encontrado, una hora antes de llegar a esta cascada. Nada raro que el Hermano Grossmann escriba: “Se necesita casi una fuerza sobrehumana para luchar contra las fuertes corrientes y atravesarlas. Hasta entonces me fue verdaderamente claro con qué clase de peligros y dificultades nos teníamos que enfrentar en este viaje. Mi gente estaba débil, nunca habían visto una de esas cataratas y tampoco sabían exactamente cómo navegar en la corriente y llevar rápidamente el bote hacia las aguas tranquilas. Estuvimos varias veces muy cerca de ser volcados por la corriente.

Sin embargo, el Señor nos ayudó, pudimos atracar en un lugar y desde allí avanzar a pie hasta adelante de la

catarata. Con cinco remeros que había pedido prestados a un comerciante que casualmente estaba por allí, descargamos el bote y, por medio de remos y otras veces largas cuerdas, logramos halar y arrastrar el bote a través de la cascada.

Ya estaba oscuro cuando llegamos al punto y al lugar. Jahneck es un pequeño poblado de cuatro casas y una comisaría. También está colocado para servir en la ruta de transporte de bienes hacia las minas de oro. Las casas estaban repletas de gente, ya que al día siguiente por la mañana debían zarpar cuatro grandes botes hacia el río Pis Pis, por lo que para nosotros sólo quedaba un cobertizo semidestruido donde cocinamos y colgamos nuestras hamacas. A pesar del cansancio no podíamos sin embargo pensar en tranquilidad. De una manera muy especial, prontamente nos impactó una nueva, veloz y enorme subida de las aguas. Dentro de una hora posterior a nuestra llegada ya teníamos una tal crecida del río que los retumbos de la catarata próxima sonaban como truenos. Las alturas de esta zona son más bien colinas

aisladas, rodeadas de profundas hondonadas de lodo rojo que siempre están saturadas de agua, por lo que hay poca absorción del suelo después de las lluvias. Por eso, así como la crecida es rápida, también lo es el descenso de las aguas. En la casa teníamos poca tranquilidad, pues había bichos en cantidades indescriptibles. Teníamos que estar de pie por largo tiempo, pues los cerdos se habían instalado en el interior de la vivienda.

7 de octubre. El Waspuk es verdaderamente interesante en relación a su flora y fauna. Muchas plantas trepadoras y exuberantes se elevan pegadas a árboles de hule y de tuno. También se miran muchos laureles, cacao salvajes y bambúes. Por entre medio los fantásticos helechos. Todo tan salvaje y a la vez primitivo y sin embargo agrupado tan armónicamente, como no lo haría el más artístico y experimentado jardinero. Aquí la naturaleza predica en voz alta: “Señor, nosotros somos tu grande e inmensa obra. Tu has ordenado todo tan sabiamente y la tierra esta llena de tu bondad”.



© TAYMON ROBBINS

Habitantes de las orillas del río Coco, 2008.

La soledad de la selva es a menudo rota por el canto de los más variados pájaros, que juntos conforman un bello concierto. Algunos me recuerdan el canto, de los de mi patria. Entremedio aúlla también el gorila Gung-Gung (¿mono congo?), que sentado arriba o detrás de los árboles espía curioso y travieso a los pasajeros del bote. He escuchado decir que si uno se le acercara mucho se convertiría en su compañero salvaje. Arriba, también trepan ligeros y ágiles los pequeños monos, algunos con pelo negro y cara blanca, otros con gruesas pieles como la del zorro.

También resplandecen los papagayos con su plumaje rojo o verde, sin embargo, no se le puede prestar atención a todos pues aquí hay muchas culebras, sobre todo cuando caminamos a lo largo de la orilla por causa de las correntadas. Apenas habíamos abandonado Jahneck cuando para nuestro horror divisamos junto al bote a la tomicoff, una de las serpientes más venenosas de la zona. Sus ojos amarillos y brillantes difunden espantosa rabia y

veneno. Desgraciadamente no tenía cargado mi fusil sino le hubiese desbaratado la cabeza de un disparo, pero por si sola se arrastró, hasta desaparecer en los matorrales.

Luego nos encontramos con el primer bote de indios sumus. Es característico de ellos que siempre viajan con astillas de pino resinoso dentro del bote. Probablemente para protegerse de un sinnúmero de tábanos de diversos tamaños que viven especialmente en los estrechos pequeños afluentes, los cuales tienen que navegar necesariamente para conseguir su alimento. Estos sumus que nos encontramos estaban a punto de partir hacia donde el sukia, para sanar a un pequeño niño enfermo. La pobre criatura yacía medio muerta, cubierta con hojas de banano, en una tabla dentro del bote. Les urgimos que se regresaran y les prometí darle las medicinas necesarias, en su casa que se encontraba cerca. Así llegamos al primer pueblo sumu llamado Wailaka. Consiste en siete casas con siete hombres, 15 mujeres y muchos niños pequeños y grandes. Debido a que la atención del niño nos había retrasado y no



© TAYMON ROBBINS

Miskitus transportando granos en el río Coco, 2008.

hubiéramos llegado al próximo pueblo antes del anochecer, decidimos pasar aquí el domingo. De esa manera podía darle seguimiento al niño enfermo.

Los sumus son otro tipo de gente, totalmente diferentes de los miskitos. Son más alegres, más vitales, lo que se nota especialmente en los niños. Ya que conviven con muchas mujeres necesitan casas más grandes. Nuestro anfitrión tenía dos mujeres, pero según pude observar ambas llevaban por separado la administración del hogar. La casa media aproximadamente 17 por 7 metros y un pequeño compartimiento servía de cocina. La primera noche pasada con los sumus fue horrible. Imagínense un gran espacio sucio, con maderas, calabazas, hojas, frutas y utensilios de cocina, todo revuelto en el piso. El lugar de las camas estaba junto a las paredes (se siembran cuatro postes verticales en la tierra, se unen con varas atravesadas y se cubren con bambúes que rajados y clavados conforma una especie de colchón). En ellos, entre ropa sucia y un increíble revoltijo, descansan vestidas las mujeres y los niños. Debajo de esos lugares para dormir yacían 12 perros hambrientos y lloriqueantes. De las vigas (el cuarto era sin techo) colgaban pantalones, ropas, todo revuelto y colorido. Entre ellas colgaban también nuestras diez hamacas. Toda la habitación estaba tenuemente iluminada con la luz de las astillas de pino resinoso. Ese fue el cuadro que tuve frente a mí toda la noche. No se podía ni siquiera pensar en dormir, pues los gritos de los niños, los ladridos de los perros, los gruñidos de los cerdos, golpes de tambores y el ronquido de los hombres conformaba un espantoso concierto. El Señor bendijo las medicinas y el domingo por la mañana, el pequeño niño se sintió mucho mejor. Temprano a las 3:00 realicé un encuentro en el cual habló Joshua muy bien. El y su gente habían vivido antes también en la suciedad, pero a través de la palabra de Dios se convirtieron, tanto internamente como externamente, en otras personas. En el transcurso de la mañana el *wita* (alcalde) me preguntó si yo podía expulsar al Espíritu Maligno, que hacía un mes aproximadamente había lanzado un relámpago sobre un árbol, en medio del poblado. A ello le respondí con una enseñanza.

Muy interesante fue la comida. Cada adulto y cada niño trajo desde el monte una gran hoja cóncava, la mujer repartió la comida (fundamentalmente bananos cocidos), los cubiertos los constituían los dedos y naturalmente después de la comida los platos naturales fueron lanzados al agua. En la tarde organicé otra reunión. Fue una escena muy particular. Cada mujer llegó con un niño en las espaldas y un haz de astillas de pino ardiendo en las manos, que luego pusieron en el suelo por delante de cada una, de modo que había una tenue iluminación en la casa. Así como en el resto del

viaje, aquí la sed era abrasadora y no nos quedaba más que tomar el agua del río, que más bien parecía una sopa de lodo. Intenté hacer una limonada con gaseosa, pero el agua estaba tan pesada debido a la suciedad que no hizo espuma. Así la bebimos, sin mirar las perlas de adentro. El lunes por la mañana nos despedimos. El niño estaba fuera de peligro y los padres estaban muy agradecidos

Nuestro destino de hoy, Ulmukwas, lo alcanzamos por la tarde, después de haber pasado algunos rápidos y dos poblados. Aquí vive el supremo jefe sumu llamado “Archibaldo” El es un hombre fuerte y grande mientras que sus compañeros de raza son pequeños y sometidos. El vive con su hijo, su yerno y cada uno con dos mujeres en una casa grande. Para transmitirme el respeto hacia su personalidad, de forma inmediata me comentó que había estado en Managua y que había hablado con el Presidente. Me dio la impresión de ser un hombre engreído. Debido a su régimen estricto, es muy temido por su gente. Estaba visiblemente alegre por nuestra llegada y nos regaló un pollo, lo cual significaba un notorio cambio en nuestro menú.

Los encuentros realizados fueron buenos, incluso con preguntas de parte de la gente. Si a los sumus se les pudiera anunciar la palabra de Dios, de una manera constante y frecuente, pronto se podrían percibir los frutos. Desgraciadamente padecen de muchas enfermedades, lo cual se agudiza por la suciedad y las estrechas condiciones de convivencia. Piensen nada más en un espacio estrecho, con 12 casas en las cuales viven 41 adultos y muchos niños; y estas casas tan pegadas las unas con las otras, que bajo la lluvia se puede ir de una a otra sin mojarse. El motivo de esta convivencia tan estrecha es el miedo a los malos espíritus. El lugar está además rodeado de una selva tan espesa que es difícil que circule aire fresco. Ninguna novedad entonces que las enfermedades aquí se presenten de forma epidémica.

El Hermano Garth durante el día disparó arriba a un “Comepimienta”, el cual cocinado con arroz sirvió para el desayuno. En Daga había muchas naranjas, los árboles parecían estar cargados de oro. Desgraciadamente, los pobladores fabrican bebidas alcohólicas con estas maravillosas frutas. Después pasamos de paso por varios poblados abandonados. Esto es característico de los sumus, pues, cuando alguien muere abandonan el lugar por miedo a los espíritus. Por la tarde llegamos a Marakisa, que antes fue un poblado grande. Ahora solamente vive un hombre con dos mujeres, seis niños y dos suegras. También ellos quieren abandonar el lugar, pues el sukia les

ha dicho que los propietarios de las minas vierten mucho veneno al río, producto del lavado del oro y que el agua ya no se puede beber. Si no se mudasen de lugar morirían irremediadamente.

Uno de nuestros remeros capturó una enorme anguila, la cual no se quisieron comer. Ello despertó gran alegría entre los sumus, entonces la cambiamos con ellos, por bananos. Por la tarde organicé un encuentro y por la noche mi cuerpo debió ajustarse al tamaño de una cuna. Debido a la densa niebla que reinaba, la noche fue muy fría. El agua del río es ahora una sopa de chocolate limpia y café, pero a falta de otra agua tiene que beberse.

El 11 de octubre llegamos a Tomsonbank. Aquí desemboca desde el sur el río Pis-Pis sobre la corriente del Waspuk que fluye en dirección norte.

3.- Sobre el río Pis Pis arriba, hacia las minas de oro

El Pis Pis, sobre el que ahora navegamos, es definitivamente más pequeño pero tiene muchos rápidos y dos cataratas bastante peligrosas. Una de ellas Japukisang (Cascada del Lagarto) la atravesamos alrededor del mediodía. Se tuvo que descargar todo y arrastramos el bote por medio de gruesas cuerdas a través de la corriente. Esta cascada es más peligrosa que la de Jahneck, pues aquí el bote debe ser arrastrado por en medio de la fuerte corriente. Todo duró aproximadamente tres horas hasta que estuvimos arriba con todas las cosas. Llegamos a Quapul con la salida de la luna. Muchos remeros se habían venido antes con la intención de pasar aquí la noche, razón por la cual tuvimos que colgar nuestras hamacas en una choza pequeña y vieja. En el trayecto hacia las minas de oro, los agentes de bienes y comerciantes no han construido ninguna casa de tránsito. Los remeros están entonces acostumbrados a instalarse en las casas de las gentes. Allí se comportan de manera autoritaria, de lo cuál se quejan los sumus.

12 de octubre. Continuamos nuestra travesía hacia las minas. El río se convierte ahora en un verdadero riachuelo entre montañas con muchos rápidos. Con mucha dificultad, a las 11 llegamos a Bigfall, la catarata más grande del Pis Pis. Tuvimos que descargar todo, ya que aquí los grandes botes son halados por encima del cerro hasta circunvalar la cascada. Para arrastrar las mercancías se utiliza una soga tiesa de alambre de aproximadamente 1,000 pies. El carro se hala con cuatro bestias. Este lugar muestra de manera exacta cuánto enfado y cuántas dificultades debe afrontar la gente para poder extraer tesoros de la tierra. Desde aquí,

mi bote partió para Quapul desde donde el Hermano Garth quería visitar a los sumus del Waspuk, mientras yo y mis compañeros de viaje caminamos hacia Tunki y Banbana.

13 de octubre. Temprano en la mañana arribamos a San Juan. El río es estrecho y el agua es mala, debido a los químicos usados para la limpieza del oro en las minas. En San Juan se encuentra una sucursal del negocio que el señor Cockburn tiene en El Cabo. Allí recibí una amistosa acogida. Pronto mi bestia estaba ensillada y comencé entonces a cabalgar hacia lo desconocido. El camino era terrible debido a los frecuentes aguaceros. En cada paso, la bestia se hundía hasta la panza en el lodo de barro rojizo. Las cuestas empinadas las trepábamos trabajosamente y a veces era muy peligroso, pues, un paso en falso tanto del jinete como de la bestia nos hubiera lanzado repentinamente en el abismo. Por un salto de mi bestia me encontré de pronto hundido en medio del lodo.

Ya era muy tarde cuando entramos en La Botega, donde recibimos una amistosa bienvenida.

14 de octubre. Temprano intenté continuar hacia los Tunki, pero tuve información de que sería un viaje de 3 a 4 semanas, además de caro y difícil (hasta ahora había necesitado 500 marcos). Encima de eso no conseguiría ningún guía. Esto lo vi entonces como una señal del dedo de Dios indicándome regresar y en su lugar proseguir el viaje por el río Wanki. Durante el regreso visité la mina "Lone Star", que tiene 20 estancias y ocupa aproximadamente unos 100 trabajadores entre blancos, criollos e indios. El administrador me acompañó amistosamente en el "tour", que hice por ella. Por arriba estaban los fríos socavones donde a plenitud trabajaban las maquinas perforadoras. Las detonaciones debajo de la tierra sonaban terribles y me sentí alegre cuando pude ver el cielo nuevamente. La broza producto de las detonaciones pasa desde el pozo hasta el molino, después al lavado y luego a diferentes aparatos de limpieza, hasta que finalmente aparece el oro brillante y limpio. Todo ello se mira tentador, pero el esfuerzo que hay que hacer es tal, que mucha gente se hunde en el intento, tanto física como psíquicamente. ¡Me parecía como que si la manía de extraer el oro ahogara todos los altos y nobles intereses humanos! El día siguiente era domingo, pero se notaba poco. Era difícil atender espiritualmente a la gente pues todos iban y venían ajetreados sin descanso y calma.

A un español criador de bueyes le entregué el Nuevo Testamento, el cual leyó rápidamente durante dos horas sentado debajo de un árbol. Por la noche arreglaron mi cama sobre la plataforma de una estrecha y corta mesa.

El 16 de octubre regresamos hacia Quapul bajo mucha lluvia. Allí me encontré con Joseph y Joshua, dos de mis compañeros de viaje, mientras el Hermano Garth visitaba todavía algunos poblados del Waspuk. Preferí esperar aquí y por la tarde vinieron tres botes con 21 remeros con los cuales realicé mi oficio religioso. A pesar de que venían mojados y hambrientos aceptaron mi invitación y se mantuvieron muy atentos. Durante el día hice una visita al pueblo vecino para hablarles de la palabra de Dios. Regresamos por la tarde y después de nosotros llegaron cinco grandes botes con 56 remeros. Entonces tuve claro por qué había decidido quedarme allí, pues era una excelente oportunidad para predicar La Palabra y la Reconciliación, a los pobres paganos. Algunos de ellos la oían por primera vez. Aunque estaban cansados, hambrientos y empapados vinieron y escucharon y después de la prédica se sentaron conmigo junto al fuego para escuchar más de Jesús. Después del mediodía siguiente llegó el Hermano Garth y así pudimos entonces proseguir juntos nuestro viaje. Alrededor de la

medianoche, nuestro anfitrión lanzó a sus dos mujeres fuera de la cama. Tenía hambre y exigía que ellas le cocinaran.

El 19 de octubre llegamos a Daga, donde el Wihta, un hombre muy amable, nos invitó a comer, cocinándonos él mismo un pollo con bananos. Aunque lo condimentó fuertemente con pimienta, nos supo muy bien. Ya que otra vez también llegaron más remeros, nuestro servicio religioso tuvo mucha audiencia. La noche fue horrible. Imagínense un cuarto de 20 por 20 pies, en que para pasar la noche además del Hermano Garth y yo, había tres de mis gentes, diez remeros, dos sumus varones, cuatro mujeres y niños y 12 perros atados a las patas de las camas. No pude contar los cerdos, pues ya habían abandonado el interior de la casa antes del amanecer. Por supuesto que no se podía pensar en dormir. Después del oficio religioso, temprano en la mañana, el anfitrión nos mostró una Biblia ilustrada, en inglés. Se la había comprado a un comerciante por 25 soles: aproximadamente 40 marcos, pero no tenía ni la más mínima



© TAYMON ROBBINS

Raudales en las cercanías a Raiti, río Coco, 2008.

idea del significado de este libro. Cuando empezamos a explicarle las figuras y dibujos se puso muy alegre e interesado, de tal manera que llamó a todo el pueblo a viva voz. Me pidió de una manera muy cálida que regresáramos, para seguir hablándole de la palabra de Dios. Por la tarde regresamos a Ulmukwas donde el alto jefe sumu.

El **21 de octubre** fue un domingo maravilloso. Habían llegado indios sumus de tres lugares diferentes. Eran aproximadamente 70 adultos y muchos niños, los cuales visitaron el oficio religioso, donde a ratos les predicaba y a ratos les explicaba el contenido de fotos. Durante el oficio religioso en la casa del alto jefe sumu había tal cantidad de ruido, que me recordaba una cantina alemana repleta de clientes, pero en vez de meseros con su correspondiente entrega de cervezas, para aplacar la sed, había mujeres sumus con calabazas llenas con wabul: la bebida nacional de los sumus, hecha de bananos. A lo largo del día continuamos el viaje bajo fuertes aguaceros. Muy interesante fue el descenso de una catarata. Se coloca el equipaje exactamente en el medio del bote, todos deben permanecer inmóviles y así se lanza el bote por en medio de la corriente de la catarata. Esto a menudo recuerda la caída en esquíes desde la cumbre de un cerro. Tarde en la tarde llegamos a Waspukta donde de nuevo encontramos una acogida amistosa por parte de la Compañía Cockburn y Co. Qué agradable poder volver a dormir en una cama, después de haber utilizado sólo hamaca durante 14 días.

4.- Adelante, corriente arriba del río Wanks (Waspukta-Keplapini)

El **23 de octubre** —así lo cuenta el Hermano Grossmann— pudimos continuar corriente arriba del río Wanks y pudimos abrir otra vez la cubierta protectora —un alivio—. En los pequeños poblados visitamos a sus habitantes y les anunciamos que en el viaje de regreso oficiáramos el servicio religioso. Todo el día llovió de manera casi tormentosa, además, que Joshua tenía una fuerte fiebre. Muy tarde arribamos a San Sangta. El alcalde del pueblo era un hombre hablantín que mucho mencionaba al “Won Aisa” (Nuestro Padre). En sí mismo el pueblo es algo grande, tiene una Comandancia y dos negocios. La gente era muy amable y nos pidieron que, al regreso, el domingo, nos quedásemos con ellos. En el encuentro de la mañana siguiente les hablé claro y les dije que jamás llegarían al “Won Aisa” (nuestro Padre) sino a través de Cristo. Después nos despedimos hasta la vista. Luego el río se va angostando, con enormes bancos de arena. En el trasfondo aparecen largas cadenas de cerros que recuerdan a las montañas gigantes de mi patria. Debido a los fuertes aguaceros de ayer, el río esta crecido lo cual hace que

avancemos muy lentamente. Por la tarde llegamos a Jasku. Cuando la gente supo que les mostraríamos la palabra de Dios se pusieron muy alegres. Rápidamente arreglaron una casa y la pusieron a nuestra disposición, la reunión estuvo muy concurrida. Las madres pusieron orden a sus hijos y todos, viejos y jóvenes, estuvieron muy atentos. Después me sentí un poco afiebrado, pero por la mañana ya me encontraba otra vez bien. Al día siguiente conversé con algunos criollos sobre una cura para sus almas. Uno de ellos vino donde mí, a quejarse de su necesidad, pues, a pesar haber estado mucho tiempo allí y de haber trabajado bastante no había podido ahorrar nada. A mi pregunta sobre dónde tenía él su Biblia me respondió: ”La he tirado, ya que en este lugar no se necesita”. Entonces le dije: “Por eso es que no has podido recoger ningún dinero” y le leí a Mateo. 6.33. Continuamos el viaje hasta Keplapini. Aquí la orilla hondureña del río es despejada ya que por este lado comienza la gran sabana que se extiende hacia el interior del país. Aquí se miran fantásticos árboles de pino y también a muchos hondureños que, con grandes sierras de mano, los cortan convirtiendo su madera en tablas para vender. Después de haber pasado sin detenernos por varios lugares, al fin llegamos a Keplapini. La gente se alegró de veras al vernos y nos condujeron a la casa del alcalde. Apenas habíamos entrado cuando se desató una fuerte tormenta, que traspasó el delgado techo de la casa, mojando también su interior, incluyendo donde yo estaba sentado. La gente también sabe cómo auto ayudarse. En un segundo, con velocidad de mono, un joven se subió al techo desde la parte interna del cerco y cubrió los agujeros con hojas de banano. Me senté con los hombres alrededor del fuego, algunos fumaban pipas, y me dejé contar historias. La pobre gente es horriblemente engañada por los hechiceros. Nos contaban que hace poco tiempo, el hechicero les decía que la niebla que baja de los cerros cada mañana es fabricada por el demonio. En la montaña, él prepara una gran olla de hierro y pone agua adentro. Si el demonio la pusiera a hervir todos morirían quemados, por lo que su intercesión con el “Won Aisa” es necesaria para evitarlo. El también estaría dispuesto a rezar por ello, siempre que hubiera paga de por medio, que puede ser en dinero o en especie (una vaca o un caballo). Naturalmente, la gente supersticiosa se apura a darle su contribución. Durante el oficio religioso todos se mostraron muy atentos, por lo que les hablé de Aquel que provoca necesidades. Joshua habló muy bien. El señor estaba con nosotros.

5.- El viaje de regreso sobre el Wanks, corriente abajo

Desde Keplapini hasta Bocay existen seis poblados indios, situados entre las grandes y difíciles cataratas. El viaje de

regreso hubiese sido demasiado agotador para mis remeros, razón por la cual dimos la vuelta aquí (**26 de octubre**). Pronto llegamos a Pallana. Allí todos nos esperaban, ya que en la tarde anterior les habíamos dicho que realizaríamos un oficio. Después del oficio nos dieron un pichel lleno de leche de vaca, la cual con nuestras galletas marineras tenía un sabor excelente.

En Asang, situada arriba en las montañas pude ver cómo la gente hace las hamacas, tejiéndolas con hebras retorcidas de bambú.

Para ello se sirve de una especie de artefacto, parecido a nuestras ruecas manuales, todo muy primitivo. Después del encuentro continuamos hacia Jasku, donde encontramos a muy poca gente.

El 27 de octubre llegamos a San Remo donde visité a un comerciante inglés y después a Sansa donde viven solamente ocho personas. Aquí se quejaban de la subida de los precios y que los salarios se mantenían siempre bajos. Tanto el quintal de harina como el de arroz costaban aproximadamente 60 marcos. Había en el lugar mucha necesidad, ya que en los últimos años la producción había sido destruida por las crecidas. En Auanack, donde oficié un servicio religioso, una muchacha entró en éxtasis, el cual se manifestaba a través de temblores y bostezos.

Le advertí de no entregarse a una falsa representación. Le dije que el verdadero espíritu nos muestra nuestros pecados y nos conduce a la tierra del Crucificado, en donde todos serán perdonados. Aquí viven algunos españoles a quienes les repartí los Testamentos. Alentamos a la gente a ir a San Sangta donde pensábamos pasar el domingo. Por la tarde llegamos a ese lugar y la gente estaba contenta de que hubiéramos cumplido nuestra palabra. Nos detuvimos donde un hombre tranquilo, amable y comprensivo, de nombre Juan Bautista, que nos dio muy buena impresión.

Luego nos dirigimos al pueblo para anunciarle a la gente, que al día siguiente sería domingo y que todos deberían asistir al oficio religioso y que no salieran a pescar.

El domingo temprano arribaron, desde Sansa y Auanack, varios botes repletos de gente, incluyendo los españoles, para escuchar más sobre la sanidad en Cristo. Después del oficio de la tarde escuchamos que aquí un falso profeta construía una casa de reuniones para difundir las enseñanzas del Won Aisa. Hasta ahora lo había hecho en casa. Antes de cada encuentro se emborracha y después parlotea como un idiota. Afirma haberle comprado al “Won Aisa” una botella de agua bendita por un precio muy alto. Cada enfermo que bebe una cucharada de ella debe curarse, en

caso contrario es porque el “Won Aisa” está furioso contra la persona y ésta debe morir. Cada cucharada de esta agua cuesta una vaca (50 marcos). En una casa, un hombre joven estaba enfermo de diarrea y vómitos y ya había tomado una cucharada del agua sin síntomas de mejoría. Sus padres ya habían aceptado la idea de su muerte.

Después de haberlos tratado de convencer acerca del error, empecé a rogarle al Señor que mostrara su poder y le di al enfermo una medicina. Después de la primera dosis se detuvo el vómito, el domingo por la mañana habían desaparecido los otros malestares y para el mediodía por primera vez en mucho tiempo, el enfermo pidió comida y la retuvo. El lunes por la mañana se sentía ya bien y quiso levantarse. Al despedirnos los padres nos agradecieron con lágrimas en los ojos, pues, sin el auxilio del Señor el joven seguramente hubiese muerto. Si tan sólo se pusieran bajo los cuidados correctos, mucha gente se salvaría, pero son sin embargo ovejas perdidas que no tienen un pastor y cuando buscan uno se encuentran con los falsos profetas que hablan del “Won Aisa”, pero que en verdad son servidores del demonio y sólo buscan su propio honor y beneficios. Con muy buen tiempo continuamos el viaje el **30 de octubre**. La gente se despidió de nosotros de manera muy atenta. En un banco de arena preparamos el café que se acabó rápidamente, al igual que las galletas marineras ya mohosas, pero aquí en la selva todo sabe muy bien.

Antes de llegar a Wasbukta, nos detuvimos en Kring Kring y Wiunack para realizar oficios religiosos. Al pasar por Puck Puck, debajo de Wasbukta, la gente nos llamaba y nos decían: ¡Salud, Regresen pronto! Por la tarde llegamos a Pali Yumpa. Yo cocinaba la comida, mientras el Hermano Garth buscaba una casa para nosotros. De pronto me llamó con urgencia para ver a un *Yumu yabakaia uplika* –es decir– a una persona a quien le iban a expulsar un espíritu maligno mediante una suerte de masajes. Según la creencia de la gente, cada enfermedad es producida por un espíritu maligno que proviene de algún animal. Puede ser un espíritu de lagarto, vaca, tigre o cocodrilo. Sobando y soplando el cuerpo pueden entonces sacar el espíritu maligno. La sobada o masaje se hace con ayuda de agua o de un aceite. Primeramente se sopla con un tubo dentro del agua, como antídoto en contra del espíritu. Cuando se trata de aceite, como en este caso, el Sukia impregna una gasa con el aceite y la restriega con la mano una y otra vez sobre el cuerpo. Algunos médicos naturistas gozarían viendo estos masajes profundos. Tanto el paciente como el hechicero sudan copiosamente. El primero, de miedo, y el segundo por el esfuerzo. Naturalmente, el hechicero siempre se deja una puertecita abierta cuando no hay mejoría y aclara que en ese caso se trata de otro espíritu y no del que se quiere expulsar.

Durante el día me encontré en Wirrpani con ese profeta de la mentira de San Sangta. Le pregunté por qué engañaba a la gente. Se puso entonces muy excitado, gritando, por lo que los pobladores se acercaron. “¡Qué les pasa –dijeron–. El libro con el cual enseñas a la gente es nada. A mi Dios me ha abierto los ojos, pues con el agua que le he comprado yo puedo curar”. Yo: “¡mentiroso! Ningún hombre se puede acercar a Dios si no es por medio de Cristo. Cómo puede Dios haber abierto tus ojos si no tienes a Cristo?” El: “Yo ya he curado a 4,000 personas” Yo: “¡Mentiras! Puesto que entre el Cabo y Bocay ni siquiera hay 4,000 personas y en cada pueblo hay un montón de enfermos ¿Porqué no los curas entonces?” El: “Ellos no han venido hasta mí, si no los hubiese curado, pues Dios me ha dado esa tarea”. Yo: “¡Mentiras!. Dios no nos libera en primer lugar de la enfermedad corporal sino que nos cura de los pecados y el único gran médico que lo puede hacer es Cristo. Tú mientes y quien miente ejecuta la obra del demonio. Tú eres un siervo del demonio. Durante el oficio tú dijiste que nosotros solo teníamos la Biblia. ¿Sabes tu que cosa es la Biblia? Es la palabra de Dios escrita, en la cual leemos las obras de amor de Dios. El ha amado tanto al mundo que nos dio a su propio hijo. Jesucristo es el camino al Padre, quien escucha su palabra y actúa en consecuencia es su amigo y por eso se puede comunicar con Dios. El cielo y la tierra pueden desaparecer pero su palabra es eterna”. El hombre que en principio tenía mucho que repostar, se volvió tranquilo. Después continué hablando con él muy seriamente y le llamé la atención sobre los peligros que afronta. También alerté a los que nos rodeaban sobre los falsos profetas. Todo había sido muy movido, sin embargo, yo estaba agradecido por haber podido decir algo a ese hombre. Después continuamos el viaje por los pueblos ya conocidos, donde la gente nos pedía regresar pronto. Paramos en Epridingni, donde vive el *Parson Tara* (Gran misionero). Durante el encuentro, una mujer entró en éxtasis que me recordaba más bien a una crisis epiléptica. Gritaba alto “Dawanki umpira ai kais” -Señor, ten piedad de mí. La gente estuvo muy atenta y yo pude con gran alegría enseñar la palabra de Dios (Mateo. 7,14).

Después del oficio la gente me agradeció diciendo: Si siempre pudiésemos escuchar de esta manera, ningún falso profeta podría mentirnos, ya que podríamos saber qué es verdad y qué es mentira”. Desgraciadamente, el Parson Tara ya había desaparecido. El vive aquí con dos mujeres y a la gente no le enseña más que tonterías. Es un susodicho Orador de Sanación. Por falta de ayuda y de entendimiento, muchos le traen sus enfermos. Cuando el paciente no mejora significa que la naturaleza no se puede ayudar a sí misma y entonces el mentiroso ve en un sueño que Dios quiere dejar

morir al enfermo. El pobre desde ese momento está perdido, pues, los familiares le creen al mentiroso, descuidan toda ayuda y cuidados esperando solamente que el enfermo muera, lo que generalmente acontece por hambre. Para orar por él, el médico exige mucho dinero, a menudo hasta tres vacas. Sus exigencias las justifica diciendo que el Wasla- Parson, nuestro Hermano Garth, también exige anualmente mucho dinero de cada cristiano (quiere decir las donaciones para la iglesia, que suman anualmente 1 sol= 1,65 marcos), además de recolectar dinero cada domingo en la iglesia. Quisimos continuar hacia Ulwas, sin embargo debimos buscar protección, del acoso de los tábanos, en una pequeña casa de la orilla. El lugar de mi cama estaba muy débilmente construido y un cerdo se rascaba en sus bases, de tal manera que estuve muy alegre al abandonar, en la mañana siguiente, aquel lugar tan inseguro.

Ulwas es un lugar sucio y sus gentes son indiferentes, aunque nuestra estación Wasla está situada muy cerca. Yo les dije, seriamente, que durante diez años habían escuchado la palabra de Dios y sin embargo siempre la despreciaban. En Anpuka, donde realicé un oficio, se encuentra un poco más de vida y la gente empieza a solicitar la palabra de Dios. Encontramos una mujer que manifestaba haber recibido un libro de parte de los ángeles. Contaba a la gente, que una noche se le aparecieron dos ángeles y le entregaron dos libros en la mano, en los cuales estaba descrito el camino hacia el cielo, en un misterioso lenguaje de ángeles que ciertamente sólo la propietaria del libro entendía. A la pregunta de dónde estaban los libros, ella los enseñaba. ¿Y qué eran? Uno era de indicaciones como tomar Painexpeller y el otro de cómo se puede conseguir una máquina de coser manual y americana.

Desde aquí nos fuimos directo hasta Wasla donde llegamos con el crepúsculo. Allí fuimos recibidos alegremente por la Hermana Garth. Después de un día de descanso proseguimos el **3 de noviembre** para poder llegar al Cabo antes del domingo. Antes de Urayapura un gran tapir se salió del agua. Mostraba algunas heridas desagradables en el cuerpo, las que probablemente tenía producto de la lucha con algún tigre.

El 4 de noviembre arribamos al Cabo Gracias a Dios, con el corazón henchido de gracias y de felicidad, donde los hermanos Gebhardt que nos prepararon una afectuosa acogida. Con ellos pasé el domingo siguiente y tuve la oportunidad de informar a la comunidad sobre mi viaje. Durante el día continuamos con buen viento y a toda vela, hacia nuestro hogar, Dakura, la cual alcanzamos por la tarde. Estábamos contentos de todo lo que el Señor había

hecho por nosotros. ¡Pueda entonces la semilla de la palabra de Dios despertar las ansias de verdad y mostrar su fuerza vital en los 67 lugares donde la derramamos, muchos de los cuales la escucharon por primera vez! “Así cumple Dios”.

6.- Puertas Abiertas- El resultado del viaje

Al principio estaba incluida, en el Plan de Viaje, una visita más al sur de los lugares Banbana, Tunki y Wani, fronterizos con el territorio del Pis Pis. Se mostró sin embargo que los territorios de las corrientes del Wanks, del Waspuk y del Pis Pis son diferentes, así como el del Banbana, separado por el distrito de Las Minas. Por ello, en el caso de este último territorio, el Hermano Grossmann se vio en la necesidad de regresar, sobre todo por los costos en que se habría incurrido, en el caso de continuar. Solamente hasta Pis-Pis ya se habían gastado 600 marcos. En todo caso se trataba de un viaje de prédica, en el cual no se podía viajar rápido, sino que la palabra de Dios debía buscar como ser enseñada de pueblo en pueblo. Esto por supuesto que hizo necesaria la utilización de un bote propio y no la del vapor del río. Ello conllevó además la ventaja de poder traer con nosotros cristianos (como es el caso repetitivo de Joshua y José), para de esta manera hacer valer frente a los paganos, su bella y convincente confesión, de cómo el Evangelio había transformado su corazón. Una penetración mas al interior de este territorio, no hubiera sido posible debido a lo avanzado de la estación climática y a la ausencia de un guía para la región de Banbana. De todas formas un viaje más adentro nos pareció innecesario, puesto que los lugares ya son conocidos a través de los viajes de los Hermanos Carlson y Wilson. Asimismo para la fundación de un puesto de la misión solamente Tunki podría tomarse en cuenta, ya que en el río Wani solamente hay dos poblados Sumus(Wailawas y Sikelta).

Puertas abiertas- esto fue el resultado del viaje de nuestros Hermanos. En lo que respecta de inmediato, a las condiciones externas de los paganos visitados, nuestras experiencias fueron las siguientes: Los indios Wanks, especialmente los que habitan los poblados entre Klupki y Ulwas (con excepción de Wasla y Aurice), viven en la suciedad y el descuido, aunque también son terriblemente perezosos. Esa es la causa de su constante situación de falta de alimentos, puesto que aquí el cultivo de alimentos es tan cómodo, que sería muy fácil para gente trabajadora producir la suficiente y necesaria alimentación para vivir. Los hombres son además esclavos de traficantes, en vez de ser Señores de su lugar. Entre los Wanks hay poca poligamia, pero hay muchas enfermedades.

Los indios sumus viven muy juntos entre ellos debido a su temor a los malos espíritus, cultivan y producen bien sus alimentos, por lo cual siempre tienen provisiones, existe la poligamia entre ellos, un sukia tiene cuatro mujeres, el resto de hombres tiene dos. Los sumus están presionados de muchas formas por los indios Wanks, ya que éstos se alquilan como remeros de los comerciantes, quienes no construyen para ellos posadas o alojamientos, razón por la cual tienen que alojarse en las casas de los sumus, comportándose atrevidamente, con muchas exigencias y robando a veces mucho dinero. Por ello los sumus hablan de mudarse de territorio, quizás hacia el alto Waspuk.

Las dificultades que tiene que enfrentar una eventual actividad misionera serían las siguientes. Primero: las tareas de la misión no serían tan baratas debido, por una parte al extenso territorio por donde hay que viajar; y por otra, a que los poblados situados en el Wanks y el Waspuk son relativamente pequeños (sólo dos poblados cuentan con 50-60 personas, otros con 30 y la mayoría tienen menos de diez personas). Asimismo, no se encuentran agrupados sino que dispersos y separados unos de otros. El Hermano Grossmann necesitó 49 días, es decir, siete semanas, para visitar 67 poblados y realizar 55 oficios religiosos. Más allá de eso, el viaje sobre el Waspuk es peligroso debido a sus rápidos, además de caro. El Wanks es más fácil de navegar. Solamente entre Keplapini y Bocay se encuentran seis grandes raudales, por lo que esa gira necesitaría de una semana para llevarse a cabo, Mas caros aún son los viajes por el alto Waspuk, debido a los altos precios de los alimentos. Los comerciantes suman cinco centavos por libra, por el transporte desde el Cabo hasta, por ejemplo, San Remo. Eso significa que el acarreo de material de construcción podría ser muy caro.

Un obstáculo principal para el trabajo misionero podría ser la población foránea, tanto los comerciantes de origen extranjero, como los inmigrantes. El Hermano Grossmann se puso como tarea la visita de numerosas gentes de negocios. La posición que ellos, medianamente, toman en relación a la Misión, encuentra su sentido en las expresiones de uno de sus agentes: “Desde que ustedes en El Cabo promueven su Misión, los nativos se han echado a perder. Tan pronto como nuestros intereses sean dañados por ustedes, haremos todo lo posible para perjudicarlos”. Sus intereses consisten además en la “explotación de los nativos”. El mismo hombre expresó que los indios son esclavos de las casas comerciales. Desgraciadamente encontramos algunos que ya tenían deudas con los comerciantes de hasta 500 soles (más de 700 marcos). Finalmente, esto es bien visto por ellos, ya que de esta manera pueden obligar a sus víctimas,

en cualquier momento, a sentarse al banquillo de remos y así la gente está sencillamente obligada al trabajo forzado a través de los grandes raudales. A menudo son sacados de sus casas durante la noche y llevados al bote. Si se negaran a ello entrarían en conflicto con la policía. Asimismo, en un sentido moral, estos blancos serían también un impedimento para nuestro trabajo.

Un inglés culto, ex médico, vive aquí con dos mujeres miskitas y con dos españolas y es propietario de un negocio. Nada raro que se presente como el Gran Señor y declare: “Si ustedes quieren trabajar aquí con los nativos deben desterrar a todos los blancos y a los criollos, si no vamos a destruir todo lo que ustedes traten de construir”. Por último, nuestro trabajo tendría naturalmente también que enfrentar a los falsos profetas paganos.

61. El Comité de la Tierra

El llamado “Comité de la tierra” que tiene aquí el gobierno, fundamentalmente ya ha terminado su trabajo. Un buen número de la gente local, y casi sin excepción todos los indios de los dos pueblos que están a media hora de distancia, han declarado que no quieren recibir ningún terreno de este Comité. También, los indios de Tasbapauni hicieron la misma declaración. Yo sospecho que igualmente todos los indios a lo largo de la costa harán exactamente lo mismo, pues esta conducta solo puede provenir de las palabras de algún hombre que antes haya sido, o el vicepresidente de la Reserva, o de otros que hayan sido cabecillas o caciques con autoridad. Se le ha dicho con claridad al Director del “Comité de la tierra” la razón por la cual los indios no quieren saber nada de este comité, es que en él no hay un representante del gobierno inglés.



© TAYMON ROBBINS

Miskitos en el río Coco, 2008.

A Berckenhagen al Hermano Hamilton, 18.4.1906

R 15HIIb19: Intercambio de cartas con Praeses y el Adelantado 1899-1909.

Archivo de la Hermandad Unidad.